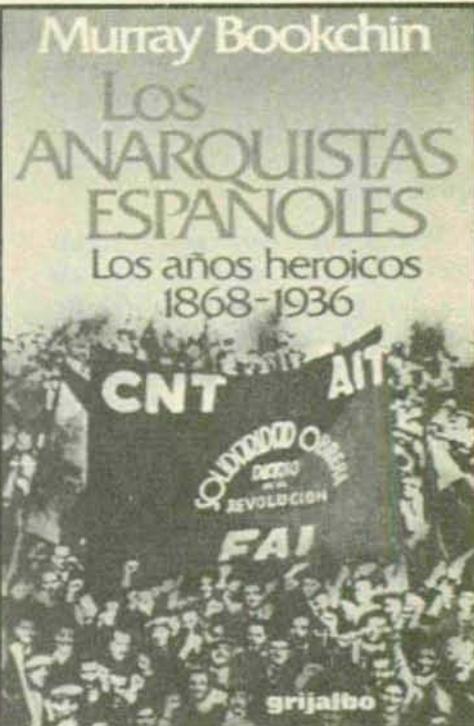


Una revisión del Anarquismo

María Ruipérez

El anarquismo español ha ejercido siempre un gran atractivo entre numerosos historiadores o estudiosos de las luchas políticas en el mundo anglosajón. Para algunos, se trata de un anacronismo, de la supervivencia de unas formas de organización y lucha distintas a las dominantes en el movimiento obrero de los restantes países europeos; para otros, en cambio, aparece como el ejemplo más perfecto y acabado de movimiento revolucionario de nuestra época. Entre los segundos se sitúa claramente Murray Bookchin, autor de una nueva síntesis sobre el tema (1), y militante activo del movimiento revolucionario americano durante el último medio siglo, según él mismo confiesa. Su libro, basado en fuentes de segunda mano más que en una investigación directa del fenómeno, refleja desde el primer momento esa toma de postura del amor: «He intentado ofrecer, por lo menos, una interpretación comprensiva hacia aquellos amantes de la libertad del pueblo que marcharon, combatieron y murieron por millones, bajo la bandera roja y negra del anarquismo español, y que pagaron tributo a su idealismo (...).»



MURRAY Bookchin sitúa los orígenes del anarquismo en las sectas y en los movimientos campesinos de la Edad Media, aplastados en su totalidad, pero cuyos postulados sociales e ideológicos pervivirían a través de los siglos; y considera a los enragés de la Revolución Francesa, con su odio a las clases adineradas y su rechazo total del Estado como precursores directos de los anarquistas contemporáneos. Pero sería Proudhon el «primer hombre» que se escribió a sí mismo como anarquista. Sus teorías sobre el mutualismo encontraron eco en España a través de la obra de Pi y Margall, *La Reacción y la Revolución*, publicada en 1854. Pese a ello, el desarrollo de la «Idea» —como llamaban los anarquistas al conjunto de sus postulados ideológicos— en nuestro país no se produciría hasta 1868, con la llegada de Fanelli a Barcelona y más tarde a Madrid, con el fin de conseguir adeptos para engrasar las filas de la Primera Internacional. La descripción del impacto que causó Fanelli entre los escasos núcleos de obreros organizados es de todos conocida a través del relato ya clásico de Anselmo Lorenzo. Baste decir que sin comprender el idioma y sin saber una palabra de castellano, Fanelli logró fundar el 24 de enero de 1869 la Sección de Madrid de la Asociación Internacional de Trabajadores, y más tarde la de Barcelona. Su desarrollo fue tan rápido que el 18 de junio de 1870 podía celebrarse un Congreso en el Teatro Cir-

co de Barcelona, al que acudieron 100 delegados en representación de 150 asociaciones obreras. De los amplios debates entre los delegados asistentes al Congreso —muchos de los cuales son nombres míticos del anarquismo español, como Farga Pellicer o Anselmo Lorenzo— surgiría el primer intento de dar una cohesión organizativa e ideológica al incipiente movimiento asociativo: el abandono de las reformas parciales por la «revolución social»; las primeras discusiones entre los aliancistas —partidarios del abstencionismo político— y los asociacionistas, partidarios de establecer ciertos compromisos con los partidos liberal y republicano; y un primer embrión organizativo que se conservaría, salvo algunas modificaciones de forma, hasta 1939, y cuyo núcleo fundamental estaba en su doble estructura de organizaciones de oficios, por un lado, de localidades, por otro, para evitar en lo posible cualquier desliz burocrático de la organización. Para Bookchin, estos hombres ligados a los primeros pasos del sindicalismo anarquista eran verdaderos ejemplos de honestidad, virtud revolucionaria y pioneros en la lucha por conseguir una mejora de la vida y de las condiciones sociales en una sociedad atrasada y clerical como la española de aquella época: «Los anarquistas españoles —afirma— en su mayoría dedicados totalmente a la causa, no sólo negaban las leyes, los valores y la moral de la sociedad existente, sino que convertían los

preceptos en práctica. No celebraban matrimonios legales. Rehusaban registrar el nacimiento de sus hijos y bautizarlos. La burocracia, el Estado y la Iglesia eran los enemigos mortales de los anarquistas; toda actitud voluntaria hacia esas instituciones era evitada. Los niños eran enviados a las escuelas libertarias o de los gremios (...). Desdénaban la acumulación de dinero (...)» (págs. 87-88).

La organización, como acabamos de ver, pretendía asentarse en la sociedad industrial como un movimiento de liberación del hombre de la esclavitud de las máquinas. Pero en el caso de España, el desarrollo del anarquismo abarcó paradójicamente no sólo a la zona más industrializada del país, Cataluña, sino también a la región andaluza, donde se produjeron continuas explosiones campesinas en las últimas décadas del siglo XIX —estudiadas con gran rigos por Díez del Moral en su libro ya clásico, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, cuyo análisis es utilizado por Bookchin para el estudio del período. Estas sublevaciones campesinas alcanzaron su punto álgido en los años 1857, 1861 y 1873. En todas ellas, la impronta «milenerista» tal como la ha definido Hobsbawm, fue su característica más importante. Como observa el autor: «A menudo éstas [las insurrecciones] se llevaban a cabo no para lograr mezquinas mejoras económicas, sino para alcanzar el *comunismo libertario* (...). Muchos escritos sobre los levantamientos andaluces —incluidos los propios anarquistas— tienden a acentuar el carácter milenario de esas rebeliones, y ciertamente que en la ingenua y simple rectitud de sus visiones, los insurrectos campesinos y braceros de Andalucía parecen semejantes a la gente rural de la alta Edad Media, enajenados con sus sueños de «un segundo advenimiento»» (pág. 143). Por desgracia, estos levantamientos fueron reprimidos cruelmente por el Gobierno, y la organización sufrió un enorme retroceso en todo el país, que obligaría a los dirigentes a la adopción de nuevas fórmulas de lucha en especial la propaganda y la educación de los trabajadores, de acuerdo con el cambio de táctica decidido en el Congreso fundacional de la Federación de Trabajadores de la Región Española, celebrado el 24 de septiembre de 1881. Pese a estas nuevas tácticas pacifistas, las acciones violentas seguirían siendo una constante en el movimiento anarquista, cuyos militantes no abandonarían la «acción directa» ni la «propaganda por el hecho» hasta 1939. Por citar sólo algunos ejemplos ilustrativos de tal pervivencia, baste señalar la Semana Trágica de Barcelona de 1909; la huelga general de 1917; el llamado «trienio bolchevique» de 1918 a 1920, que resucitó las agitaciones campesinas de finales del siglo XIX, y cuyas huelgas generales conmovieron a todo el país; la sublevaciones de Casas Viejas y Arnedo en 1933, cuya consecuencia fundamental sería el desprestigio de las instituciones republicanas; y, por último, la oleada de huelgas generales que sacudió el país tras el triunfo del Frente Popular.

Los intentos de combinar los dos métodos de lucha anteriormente citados marcarían los Congresos de la CNT, desde su fundación en el Teatro de Bellas Artes de Barcelona el 30 de octubre de 1910. Ya en el II Congreso de la organización, celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid el 10 de diciembre de 1919, se aprobaron como métodos de lucha la «acción directa» y la utilización del sabotaje. Durante este período, la Confederación conoció una de las

etapas más críticas de su historia por la aparición de los llamados *pistoleros*, cuya función consistía en contestar sistemáticamente a cualquier atentado cometido por los pistoleros del Sindicato Libre contra los militantes anarquistas más destacados de Barcelona. Según el autor, la violencia que conmovió a Cataluña fue tan grande que: «Entre 1918 y 1923 esta matanza sistemática dio fin a unas 900 vidas aproximadamente, sólo en Barcelona, y cerca de 1.500 en toda España.» Por otro lado, surgirían de forma paralela dentro de la CNT los llamados grupos de «afinidad» (el más famoso fue el de «Los Solidarios» formado por Durruti, Ascaso y García Oliver, conocidos comúnmente por los «Tres Mosqueteros»), cuyas actividades iban desde realizar asaltos a Bancos —las famosas «expropiaciones»— hasta la preparación y ejecución de atentados contra los miembros del Sindicato Libre.

Tras la caída de la Dictadura de Primo de Rivera y la proclamación de la República el 14 de abril de 1931, la CNT seguiría insistiendo en que cualquier Estado —autoritario o democrático— no merecía su apoyo. Resultado de estos principios sería el alejamiento de algunos de los líderes de la Confederación —como Pestaña y el grupo de los trentistas— y un aumento de las discusiones entre los moderados y los seguidores de los «principios más puros», representados por los miembros de la FAI —organización inquisitorial fundada en Valencia en 1925, y dedicada a velar por la «pureza» anarquista de la CNT—. Según triunfarán unos u otros en el control de la organización, sus tomas de postura se notarían en el resto del país. Baste señalar que en 1931 el conjunto de la organización decidió dar libertad a sus afiliados para votar por los partidos republicanos, y ello favoreció el triunfo de la izquierda; en cambio, en 1933, la FAI consiguió arrastrar a la organización a la práctica del abstencionismo político, y esta abstención fue una de las causas principales del triunfo de la derecha; y en 1936, volvería a decidirse el apoyo a los partidos del Frente Popular, con recomendaciones de voto incluso por líderes «faistas» como Durruti, quienes se basaban en la famosa teoría del «mal menor». El último Congreso de la CNT celebrado en Zaragoza en mayo de 1936 —con una representación de 550.000 afiliados— definió en sus resoluciones lo que en opinión de los anarquistas sería el comunismo libertario, incompatible con «todo régimen de corrección, y, por tanto, de las cárceles, presidios y castigos físicos». Pese a ello, el autor señala, siguiendo a Vernon Richards, que en el Congreso no se debatieron los auténticos problemas derivados del triunfo revolucionario; por consiguiente, cuando tras el alzamiento militar los cenetistas se encontraron con la puesta en práctica de la revolución social tantas veces soñada por ellos, no supieron qué hacer y se les fue de las manos, con la consecuencia final de una tragedia que barrería el país no sólo a la organización anarquista, sino a todas las demás.

En conjunto, el estudio de divulgación de Murray Bookchin puede resultar una síntesis de utilidad, si se eliminan los juicios de valor del autor, a veces casi inadmisibles en un estudio pretendidamente imparcial, y se dejan de lado las justificaciones constantes de la estrategia seguida por los anarquistas frente a otras organizaciones, que en algunos casos llegan hasta el insulto hacia las corrientes no anarquistas del movimiento obrero español. ■